

mediato á Fontainebleau, mas ruido que el de los toques de cajas acostumbrados en un ejército en reposo. Por todas partes continuaban reinando el vacío, la inmovilidad y el silencio. Todavía no podía creer en la primera desobediencia que experimentaba por parte del ejército. No se atrevía á preguntar temeroso de tener que ceder ó castigar. Fingía creer y decía á Caulaincourt y á cuantos le rodeaban que los preparativos de marcha, los carruages, forrajes, y víveres para la manutencion del ejército, habían sin duda retardado hasta hora tan avanzada, el movimiento de las columnas hacia Essonne. A medio dia los destacamentos ordinarios de la guardia de palacio, maniobraron en el patio para la parada. La noticia de la abdicacion de Napoleon esparcida rápidamente durante la noche por sus mariscales, como para hacerle aquella intimacion indirecta del destino por medio de la voz pública, circuló por las filas y por el palacio. Aquellos rumores llegaron hasta Napoleon y le hicieron palidecer. Temia una interpelacion mas directa de los que en sus corazones apresuraban su caída. Las trágicas escenas del Bajo Imperio y del palacio de Paulo I le ocurrian á la imaginacion. Cedia interiormente á la necesidad, pero aparentó de nuevo el mando sin contradiccion y la confianza. Montó á caballo en medio de sus generales y pasó en silencio revista á los destacamentos. La tristeza, la duda y la compasion se notaban en los rostros de todos los soldados. En aquel momento, un ayudante de campo de Marmont, llegó de Essonne á escape: echó pie á tierra, entregó los pliegos, y divulgó entre los grupos que le rodeaban, la destitucion del emperador por el Senado. Aquella noticia pasó de boca en boca al oido de los mariscales, y á las silenciosas filas de los soldados. Irritó á unos, consternó á otros, regocijó á algunos, y ofreció al mayor número una puerta para la ingratitud y la infidelidad. La revista fué taciturna y concluyó sin los gritos acostumbrados. Era evidente para Napoleon que sus ór-

denes habían sido despreciadas, y que ya miraban hacia París titubeando entre el Senado y él. Echó pie á tierra pálido y pensativo al pie de la gran escalera interior, é hizo seña con la mano á los mariscales y generales, de que no queria ser acompañado hasta su habitacion. Sus tenientes se miraron, se animaron con la vista, y sin hacer caso de la seña, siguieron detrás de él como por su acostumbrado respeto: entraron en la antesala de su gabinete.

XXIII.

Dejemos por un momento esta escena todavía muda, y veamos lo que pasaba en el ejército de Marmont, vanguardia y flanco izquierdo del de Napoleon.

El Senado, como ya hemos dicho, se pronunciaba de hora en hora con mas audacia contra el Imperio. Beurnonville enviaba mensage sobre mensage á Marmont, para desprender al ejército de un gefe rechazado por la victoria y por la voz de la nacion. El Emperador por su parte, al dia siguiente de su llegada á Fontainebleau, fué á visitar á Marmont y las líneas de su ejército. En aquella visita llegaron á sus oidos los rumores de traicion, y las quejas sobre la prontitud de la capitulacion de París. Habia fingido no oir nada, y bien fuese completa confianza en una amistad de veinte años, y en la confraternidad de tantos campos de batalla, ó bien un hábil disimulo para mantener en la obediencia, cuerpos que una sola palabra podia enagenar, manifestó á Marmont su habitual semblante. Honró en él al valor desgraciado: distribuyó grados, elogios, y condecoraciones á los oficiales. Esta última entrevista del emperador y de su antiguo ayudante de campo, parecia haber adherido mas que nunca á Marmont á cumplir con su deber. El mismo emperador procuró disipar las irritadas palabras que

Chastel habia proferido contra el mariscal al atravesar por París, y las atribuyó á la cólera que la retirada produce en un corazon generoso. Recomendó á ambos generales que olvidasen sus resentimientos mútuos, y al mariscal que desistiese de la formacion de causa.

XXIV.

Mas apenas el emperador habia dejado el ejército de Marmont cuando se presentaron en el campo del mariscal, y penetraron hasta él, emisarios del ministro de la guerra, de Mr. de Talleyrand, de los realistas, y sobre todo de los republicanos. Es creible que el contristado ánimo del mariscal, sufriria cada vez mas con unas pretensiones revestidas con los colores de un verdadero patriotismo, y que le colocaban en la terrible alternativa de faltar á la amistad de su antiguo gefe, ó su solicitud por su patria. Mientras fluctuaba de aquel modo Marmont, el príncipe de Schwartzberg que mandaba las fuerzas colocadas al frente de Essonne, intimó al mariscal en nombre de la paz y del nuevo gobierno de su pais, que evitase una inútil efusion de sangre, y se colocase, decia, bajo la bandera de la causa verdaderamente francesa. El comandante de la guardia nacional de París, el general Dessoles, antiguo teniente de Moreau, justamente resentido contra el emperador, dirigió á Marmont las mismas súplicas, en nombre de sus conciudadanos de París, de sus vidas, de sus propiedades, y de sus familias. Su adhesion al nuevo gobierno nacional, lo arreglaria todo. La responsabilidad de la Francia pesaba toda entera en aquel momento en un solo hombre, árbitro entre el Imperio todavía armado, y la nacion suplicante á los pies del general mas allegado á ella, por su capital y por su sangre.

XXV.

El mariscal no se atrevió á cargar por sí solo con el peso de una decision, con que de antemano se sentia oprimido, y hundido ante el honor, el reconocimiento y la historia. Deliberar cuando el deber militar es obedecer, era ya faltar. Como militar se condenaba: como amigo, desgarraba su alma; como ciudadano de un pais cuya suerte estaba en sus manos, hacia tal vez uno de los esfuerzos sobrenaturales, que sacrifican un deber á otro, y un hombre á la salud pública. Sea como quiera, Marmont quiso una excusa, lo cual era confesar que iba á cometer una falta. Reunió en Essonne todos los generales y oficiales superiores de su ejército, y les consultó si deberian ó no adherirse en nombre del ejército, á las proposiciones de París del gobierno provisional y de los aliados. La situacion debia ser bien apurada, y estremada á fuerza de los acontecimientos y de la opinion nacional, cuando todos se pronunciaron por la adhesion. Solo se hizo una reserva exigida por los recuerdos y por la decencia misma del abandono, y fué que se garantizase la vida y la libertad del emperador. Marmont escribió al príncipe de Schwartzberg una carta, en que se descubrian á un mismo tiempo, la resolucion, el dolor y los remordimientos.

XXVI.

«He recibido, decia, la carta que vuestra alteza me ha dispensado el honor de escribirme. La opinion pública ha sido siempre la regla de mi conducta. El ejército y el pueblo, se hallan libres del juramento de fidelidad al emperador Napoleon por el decreto del Senado. Me

hallo dispuesto á coadyuvar á una reconciliacion entre el ejército y el pueblo, porque debe evitarse toda eventualidad de guerra civil, y contenerse la efusion de sangre francesa. En su consecuencia, estoy pronto á dejar el ejército del emperador Napoleon, con las condiciones siguientes, cuya garantia os pido por escrito.

Art. 1.º «Las tropas que abandonaren las banderas de Napoleon, podrán retirarse libremente á Normandia.

Art. 2.º «Si por consecuencia de este movimiento los acontecimientos de la guerra hiciesen caer en manos de las potencias aliadas la persona de Napoleon Bonaparte, le serán garantizadas la libertad y la vida, con un espacio de terreno y un pais circunscripto, á eleccion de las potencias aliadas y del gobierno francés.»

XXVII.

Se ve, pues, que la defeccion conocia todas las eventualidades que preparaba. Sabia que entregaba á Napoleon, y que estipulaba de antemano las condiciones ambiguas de su cautiverio. Efectivamente, los términos del artículo segundo, lo mismo podian aplicarse á una prision que á un Imperio. La mejor prueba de que Marmont hablaba como los enemigos de su soberano, de su bienhechor y de su general, es que los aliados firmaron sus palabras, y aun las estendieron, concediéndole una soberania en el ostracismo.

«No puedo espresaros suficientemente, contestó el generalísimo de las tropas extranjeras á Marmont, la satisfaccion que experimento al saber que os habeis apresurado á aceptar la invitacion del gobierno provisional, colocándoos bajo la bandera de la causa francesa. Los distinguidos servicios que habeis prestado á vuestro pais son generalmente reconocidos. Los poneis el sello devol-

viendo á su patria los pocos valientes que han podido escapar de la ambicion de un solo hombre. Aprecio sobre todo la delicadeza del artículo relativo á la persona de Napoleon, que desde luego acepto. Nada caracteriza mas la generosidad natural de los franceses, y que os distingue particularmente.»

Los aliados disfrazaban de este modo á Marmont su propia falta, con el colorido de delicadeza y generosidad, mas indulgentes que lo era consigo mismo. Apenas firmó aquel convenio pareció arrepentirse, y querer rescatar lo que tenian de cruel para su alma, por medio de esfuerzos concertados con otros mariscales, en favor de la regencia, y del imperio para el hijo de su bienhechor. Pero volvamos á Fontainebleau.